



Entre la identidad y el deseo

Fernando Parra Noguera analiza la condición humana en *El antropoide*, una novela que, tras *Persianas*, le consolida como el gran narrador que es

POR EDUARDO BOIX

■ La pandemia ha producido un cambio en los paradigmas de una sociedad que vivía dependiente de las redes sociales. Internet y todas sus consecuencias han hecho que nos abracemos menos pero construyamos un mundo dentro de nuestra imaginación. A veces, con tanta aplicación móvil, olvidamos que somos primates, antropoides que poseemos una parte animal difícil de controlar y que, sin ella, los sentimientos primarios no serían posibles. Venimos del mono o a veces vamos hacia él, depende de cada cual.

El antropoide de Fernando Parra Noguera, publicado por la editorial catalana Candaya, es un salto importante en su carrera literaria, que arrancó con un libro tan personal como *Persianas*. Esa primera novela no dejaba de ser una obra de iniciación, un viaje a la infancia y a una época tan convulsa como fueron los 80. He de reconocer que aquel libro me fascinó, no solo por lo bien narrado, sino porque tal vez dio de lleno en todo mi mundo. Al leer las primeras páginas de *El antropoide* todo me dio vueltas, Parra lo había vuelto a hacer. Alejándose de la forma de narrar de aquella primera novela, consigue de nuevo llevarte en volandas hacia donde él quería. Esta segunda novela es un cambio de registro y de visión. Eduardo, el protagonista, es un Peter Pan nihilista propio de su tiempo, con ciertos rasgos edípicos, inmaduros, que hacen que le tomemos cariño

pero, a la vez, le repudiamos.

El antropoide es una reflexión del tiempo que nos ha tocado vivir. La identidad y los deseos inconfesables están a flor de piel en el personaje que la conduce. Eduardo no deja de ser esa persona que evitamos como amigo, pero que, en el fondo, es un tipo con cierta suerte. Este tipo de personajes siempre ha sido el vehículo ideal para contar historias. Se vuelven a ver en la obra de Parra Noguera ecos de Azorín, Umbral o Marsé. Esa visión cruda y real del mundo en que vivimos, la prosa cuidada y un lenguaje rico, hacen de esta obra un libro que va a perdurar en el tiempo. Fernando no ha escrito una novela sin más, tal vez sea la obra que le consagra como un narrador de raza, de los de antes, para los que era tan importante el argumento como la forma de narrarlo. Encontrarse obras como *El antropoide* hace que uno se reconcilie con la literatura, pues es posible una buena obra en pleno siglo XXI.

Fernando Parra Noguera, escritor tarraconense afincado en Alicante, ama el lenguaje y sus formas. *El antropoide* podríamos definirlo como un ajuste de cuentas con el mundo que conocemos. Con esta obra no solo nos muestra un ser un tanto despreciable, en fondo y forma, sino que, además, con ese lenguaje tan cuidado, es un homenaje a una lengua tan descuidada por las nuevas generaciones. El protagonista es un corrector de estilo en un diario local, ni más ni menos, luego pasa a clasificar anuncios, una tarea que es lo más bajo de la profesión. *El antropoide* es una novela madura de un escritor en estado de gracia. No ven las costuras en una construcción difícil y osada. Parra Noguera consigue la atención y complicidad del lector con una novela que se podría acercar a *La bestia humana* de Émile Zola. Nadie es bueno en demasía ni un monstruo para sus semejantes. Los grises existen y eso nos lo muestra Parra. Estamos ante la consagración de un escritor de los de antes, de los de oficio y talento.



FERNANDO PARRA NOGUERA
El antropoide
Editorial Candaya
288 páginas
17€

COMPLICIDADES

Umbral de lejanías



Carlos Marzal

La semana pasada vi en Filmin la extraordinaria película de **Charlie Arnáiz** y **Alberto Ortega**, *Umbral: anatomía de un dandi*, y se me quedó en los labios y en la conciencia un sabor agri dulce.

La dulzura proviene de que la película -es mucho más que un documental, se trata de alta ficción cinematográfica- posee un ritmo hipnótico, una hondura de análisis que deja sin aliento, y un retroceso reflexivo (como las armas al ser disparadas) que nos obliga a seguir pensando en ella después de haberla visto.

Lo agrio, lo amargo, nos lo proporciona la imagen de conjunto que cristaliza en el espectador acerca de la figura de **Umbral**, la última gran vedette de la literatura española. Creo que la idea última es la de que sólo a Francisco Umbral le hubiese gustado ser Francisco Umbral. Quienes hablan de él en la película (**Manuel Vicent**, **Raúl del Pozo**, **David Gistau**, **Antonio Lucas**, **Ángel Antonio Herrera**) se ven forzados también, por la imantación del personaje, a umbralizar. Acaban recordándolo con admiración, con asombro, con curiosidad, con divertida añoranza, pero no con cariño, con amor de amigo. Ni siquiera su mujer, **María España Suárez Garrido** lo hace. No quiero decir que no se lo tuviesen, sino que no lo manifestan.

Parece que es cierto, como dice el propio Umbral en la película: el éxito está vacío. Y eso resulta especialmente triste en alguien que se tomó la literatura como una competición sociológica en la que había que ocupar un supuesto trono, como una guerra verbal de él contra el mundo.

Creo que la fabricación del personaje de Umbral (siempre más figurón que figura, más fantasmado que persona, más máscara que rostro, más lejano que próximo) se fragua en una visión de clara estirpe romántica: el rebelde herido, el que se sueña un indio sioux (aunque gane todos los premios ministeriales y escriba en *El País*), el disfrazado de sí mismo con su bufanda roja. Bebió además en una escuela de maestros próximos (**González Ruano**, **Cela**) que le inculcaron la concepción de la literatura como una revancha contra el universo, como la necesaria victoria del advenedizo en los mentideros de la capital. Una concepción que pensaba más en el público que en los lectores.

Fue un extraordinario escritor sin género, como él mismo dijo -con su puntería infalible para todo lo que amaba-, de **Ramón Gómez de la Serna**, otro dandi, otro artista del circo. Aunque la fuerza de su estilo es de naturaleza verbal (sus deslumbrantes invenciones, sus cócteles de lirismo y jergonza, su abrupta adjetivación) no fue un verbalista -como sí lo fue Cela tantas veces-: en su prosa hay siempre una profunda voluntad de indagar en lo humano, aunque sea a través de su confeso autobiografismo inflexible.

Como otros enormes prosistas, fue un poeta que no supo ni quiso ceñirse a los poemas. Nunca lo conocí, aunque me hubiese gustado, porque en mi juventud lo lei con entusiasmo incondicional. Algunos amigos míos de su generación no lo soportaban, y aventuran que yo no lo hubiera tragado tampoco. Otros amigos más jóvenes me dicen que habríamos hecho buenas migas, porque saben que colecciono rarezas humanas. Lo triste no es que el éxito esté vacío: es haber dedicado una vida a averiguarlo.